

HOJAS DE PAPALAGUINDA

Por Antonio PERERIA

TODA feria tiene un poco de "feria de las vanidades". Como que su meta es mostrar, realzar, el **mettre en valeur** que dicen los vecinos franceses. Por cierto que ellos, siempre tan dados a lo galante, lo emplean mucho en este sentido: el de la mujer que "pone en valor" lo que ella considera más codiciable en su propia persona: el brillo de los ojos, la tentación de su boca, la armonía de... lo que sea. Es el españolísimo sacar el paño del arca, sólo que sin el tufillo arcaizante. Y es natural. Si se trata de un objeto, nos interesamos en primer lugar por aquello que impresiona nuestros sentidos, y luego vendrá el sopesar. Y si persona -volvamos al ejemplo más agradable, el de la mujer-, quién se atreverá a negar que casi siempre se empieza por la envoltura, y sólo después, aunque sea segundos después, buscamos el añadido de las virtudes compañeras.

Los libros tienen sus ferias especiales y al aire libre. Pero también, y sobre todo, la larga y continuada que se levanta durante el año en los escaparates y anaqueles: la librería nuestra de cada día. El libro pertenece al orden de cosas cuya estimación se nos presenta radical. Si se le ama, uno no puede viajar sin aprovechar para la espera el quiosco de la estación, ni hay ciudad que luego no recuerde por un escaparate. Como el goloso demora ante las lunas de la confitería y sabiamente anticipa sabores con sólo mirar el talante de las muestras, que le están diciendo: "¡cómemme!", así el catador de libros pasa y repasa escuchando voces que le hablan: "¡léeme!". Puede ser el nombre del autor. Como que se trata de la marca de fábrica, del marchamo -aunque no infalible- de garantía. Pero también las cubiertas gratas a la vista, el halago al tacto de una cartulina, hasta el olor sutil de un tipo de papel. Y el título.

Esto del título es asunto que se las trae. Quien escribe -libro, artículo, poema-, sabe que en cada aventura le pasará una de estas dos cosas: Tiene un título -casi siempre precioso-, y a continuación pone sus ideas y sentimientos. O bien empieza por esto último y luego tiene que bautizar la obra; a veces, muchas veces, con más sudor para dos palabras que para doscientas páginas. "La feria de las vanidades" -por asociación con lo que antes decíamos- empezó con un título lamentable: "Bocetos a pluma y lápiz de la sociedad inglesa". A Thackeray, una noche, estando acostado, que estos relámpagos llegan cuando menos se piensa, le acudió el título glorioso: Vanity fair. En Francia hay una medalla de oro del título, otorgada no sé si por los editores o

los libreros. Creo que entre otros la tiene Gilbert Cesbron, por "Los santos van al infierno". Es una manera de premiar el mérito, es decir, de reconocer la dificultad. Ahora mismo, al hilo de esta andadura, se me están agolpando mil títulos sonoros, poéticos, astutos, intencionados, indiferentes, exagerados, tímidos. Qué tentación extenderse, hacer clasificaciones, análisis. Pero sería tan largo...

Lo voy a dejar en una alusión y loa a cierto caro amigo y titular envidiable. El autor de aquella novela -excelente- que se llamaba (y se llama) "Zamora y Gomorra". El del ensayo "El milagro turístico". El de "Torremolinos Gran Hotel". El de un libro de cuentos que se rotula "Suspense en el cañaveral". Por favor, repitan despacio -la acentuación ondulante del primer término, la rotundidad espesa del segundo-, "Suspense en el cañaveral"...

- O -

AL doctor Fernando Salgado le han dado una plaza importante; como de jefe de servicio de su especialidad, creo. Pero ya estoy empezando mal. Rectifico. El doctor Fernando Salgado "ha ganado" una plaza importante, como de jefe de servicio... etcétera.

Antes, los periódicos publicaban una noticia así en los "Ecos de sociedad". Yo soy un enamorado de aquellas páginas donde salía cualquier ciudadano que iba a los baños, las señoritas de Ardúrez cuando desde la capital de la provincia se trasladaban a las ferias y fiestas de Benavente, y el señor que recibía una condecoración. Pero aquí no se trata de: promover un halago -por más que este sería, en todo caso, lícito-, sino de mostrar un relieve leonés.

Fernando Salgado se me iba a enfadar si sigo hablando de él. De acuerdo. Podríamos, a modo de transacción, decir dos palabras evocadoras de su padre. (Que hoy estaría festejándolo a su aire en Casa Pozo; pero que en Alguna Parte lo celebrará, pienso yo.) De aquella manera con que don Enrique acompañaba la Medicina con el sentimiento. De cómo apuraba todas las posibilidades del arsenal científico de su profesión; sabedor, también, de que a unos ojos irremediabilmente vencidos no los iba a salvar un colirio inocente, pero que unas gotas puestas con amor alivian por lo menos a los ojos del alma...

Lo que pasa es que la obligación de un periódico es traer novedades. Y esto que yo digo de Salgado padre -y que un día se dirá, ya hoy puede decirse, de Salgado hijo- lo sabe todo el mundo en León.